



25 Febrero, 2017



'Estació de servei', 1960

Homenaje La Fundación Vila Casas recuerda con una exposición a un artista siempre fiel a sí mismo, desde las pinturas 'maquinistas' a los bodegones

El silencio de Todó

PERICO PASTOR

Qué simpático era Paco Todó (Tortosa, noviembre de 1922-Les Borges del Camp, noviembre del 2016). No cabía un alfiler en el Espai Volart la noche del merecido homenaje que le brinda la Fundación Vila Casas hasta finales de marzo. La gente estaba triste por su reciente desaparición, pero alegre por la ocasión de ver una selección de más de sesenta años de buen pintar y recordarlo como era, tan simpático.

En este país de cardos borriqueros, decir de alguien que es bueno o que es simpático suena vagamente a reproche; si además pinta bonito y no elucubra sobre el zen, la revolución cultural ni la física de partículas, lo tiene crudo. Súmele a ello el epíteto de *ilustrativo* (este lo he sufrido en mis carnes) y el cadáver está servido.

Todó sobrevivió a todo esto, impertérrito. Como sobrevivió a la experiencia de enseñarnos a un grupo de adolescentes en la recién nacida Aula, a finales de los sesenta: sin levantar la voz, sin perder ese sentido del humor que le dio inmediatamente una insólita autoridad; dejándonos

hacer, pero guiándonos (a mí, con una máxima que siempre he tenido presente y he intentado cumplir: "Perico, no facis l'artista").

Intentando, cosa nada fácil, ver la exposición entre el gentío, qué reconfortante encontrarse con aquellos cuadros de finales de los cincuenta, su *Homenaje a Coleman Hawkins*, *Màquina de llaurar*... Es cierto que el informalismo, un informalismo matérico, gestual, masculino, mandaba a ambos lados de los Pirineos y ambas orillas del Atlántico. Pero no lo es menos que entre los Pollock y Millares, los Saura y Soulages, Tàpies y Staël, en los lugares realmente civilizados cabían los Steinberg y Ben Shahn, Alechinsky o Sempé y otros herederos de Klee, Picabia y Duchamp habitantes de un terreno fértil entre la figuración y la abstracción, limítrofe con la figuración del pop art. El caso es que en esos años Todó creó, con energía, alegría y talento; con la naturalidad con que lo hizo todo siempre, y tal vez ese desparpajo le costó caro.

¿Valdría la pena dedicar un tiempo a documentarse sobre las razones por las que Todó dejó de exponer en

la Sala Gaspar después de 1968? Yo no lo he hecho lo suficiente, y me limitaré a señalar la fecha como la que inicia un silencio en su obra. Su pintura se volvió más queda, nació la música de cámara de la que habla Àlex Susanna, comisario de la exposición, en el catálogo. El año 69, aquel en que nos soportó graciosamente en Aula, sería pues el de su apogeo. A partir de ahí, su arte siguió estando en todas partes, pero su nombre quedó apartado de la carrera pueril por ser el digno sucesor de Picasso, Miró, etcétera. Los supuestos ganadores hace un tiempo ya que crían malvas, y no les ha aprovechado para nada.

Todó, en cambio, siguió pintando hasta el último día, en esa variación interminable de planos de color sin perspectiva en la que hasta la marina más distante es un bodegón, haciendo suyo el mundo, reduciendo su complejidad al orden de los objetos en su mesa de trabajo, y todo aquel barullo quedó atrás. Hacia el final, la pincelada se aligera, la carga de pintura es menor, manda la vibración del blanco como la luz tarraconense que lo abrigó en los últimos años.

El señor culto, considerado, risueño, atento con sus amigos, amable con sus amigos, lector, melómano, siguió pintando, hasta el último día. Y ese último día fue evocado con seriedad y afecto, desde la altura de su delgadez y de sus años, por el anfitrión Vila Casas, que hizo del artista y amigo un retrato que Todó podría haber firmado. Una exposición sentida. |

Francesc Todó

Una música de cambra

COMISARIO: ÀLEX SUSANNA. FUNDACIÓ VILA CASAS.
ESPAI VOLART 2. BARCELONA. WWW.FUNDACIÓVILACASAS.COM. HASTA EL 26 DE MARZO